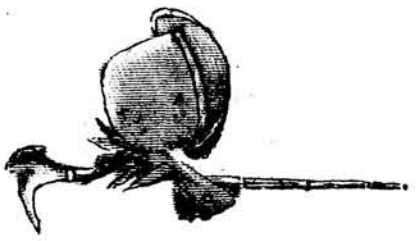
La Ilustración del Plata

PERIÓDICO SEMANAL ILUSTRADO

Número del dia 0.30 SUSCRICION EN LA R. ORIENTAL Por un año . . . . $ 10.00 « 6 meses . . . . » 5.50 « un mes . . . . . » 1.00	DIRECTOR R. FRAGUEIRO ADMINISTRADOR A. DE BRAYER	ADMINISTRACIÓN, CALLE CERRITO 231 **Montevideo, Abril 21 de 1887** AÑO I — NÚMERO 3	Editor y Propietario A. GODEL	**Núm. atrasado 0.40** SUSCRICION EN LA R. ARGENTINA Por 1 año . . . $ 15.00 mln » 6 meses . . » 7.00 » » 1 mes . . » 1.50 »

SUMARIO—RECUERDOS DE LA SEMANA—EL HOMBRE QUE QUIERE DINERO—DON ROJAS—OJOS NEGROS Y OJOS AZULES—EN EL TRAM-WAY—¿POR QUÉ ME QUIERES MAL?—TODO ESTÁ IGUAL!—LINDAS RAZONES—UNA GRAN CASA—NOVEDVDES.



RECUERDOS DE LA SEMANA

—

El domingo fué uno de esos dias espléndidos, hijos exclusivos de nuestros otoños, uno de esos dias que no se vén ni en primavera ni en estio; en la una porque los vientos los ahuyentan, en el otro por que el calor los mata: En tales dias se despiertan los recuerdos intimos con mas viveza que la acostumbrada, y brotan las aspiraciones puras en el alma, trémulos y trasparentes como las estrellas en el cielo de la tarde; y sin embargo, en ellas es cuando se caen las primeras hojas y emigran las últimas golondrinas, y se deshacen los nidos en los árboles.

En cambio, tornan las familias de los campos y las quintas, y se enciende la lumbre del hogar.

Mientras á la vista del invierno esconden ios bosques la sávia en sus mas recónditas entrañas, como el torero que una vez caido, sugeta la respiracion y se finge muerto para que pase sobre el la fiera sin herirle, en las ciudades se atrinchera la alegria entre luces y músicas, en salones y teatros, para combatir asi al egército de nieblas y de lluvias.

En los salones por largo tiempo solitarios y desiertos, empiezan á crugir secretamente las puertas y á extremecerse las pesadas colgaduras; las melodias de los últimos bailes, las risas de los últimos contentos, vuelven á percutir como las postreras llamaradas de la bugia que se extingue, y mueren dejando un sitio á nuevas músicas y nuevas carcajadas.

El domingo dije, fué dia espléndido. El cielo estaba azul, el aire nitido y el mar azul también.. Desde temprano el sol comenzó á ver lindos talles y lindas caras. ¡Pícaro sol, yo no sé como hace para levantarse tan temprano! Lo cierto es que él se aprovecha, y desde las viejecillas que ván á la primera misa, hasta las niñas que oyen la de diez y la de una, á todas las espia, y para todas tiene una sonrisa de oro. A competir con él salieron esa mañana muchos amigos nuestros, que en grupos en esta ó en la otra esquina, esperaban ¿qué habian de esperar? Sus esperanzas!

Ellos también recogieron el fresco saludo matinal, que parece mas amable que todos los otros que se hacen durante el dia, no sé si por que es el primero que se recibe, ó si porque, por la mañana somos más campechanos, que en la tarde y la noche, cuando los asuntos nos asedian, y los fracs nos estiran.

Pero la novedad de esa mañana, el imán que atrajo las miradas de los presentes y pilluelos, fué el enorme oso danzante, que atado á una cadena, hacia bailar un montañéz, al son de una cantilena monótona y pesada—de veras, música como para osos, y al compás de un enorme garrote, que más de un recuerdo triste talvez tuviera para la pobre bestia. Daba gusto verlo bailar con tanta seriedad, con tanto brio, vestido con un rico traje, hecho todo de una pieza, en una magnifica piel de eso. Pobre esclavo de la alegria, divertir al público con sus tristezas. ¡vaya por tantos que en el mundo nos entristecen con sus contentos!

El Prado, por la tarde, fué el punto de reunión de las familias. Las viejas libreas tanto tiempo desaparecidas de nuestras calles y paseos, empiezan á reaparecer en esta época de esperanzas. Los carruages rodeaban el jardin, en tanto que las damas y los caballeros vagaban por los caminos y los céspedes, ya mirando columpiarse los niños á la sombra de los árboles, ya entretenidos en amistosas charlas, ó ya divertiéndose en tirar al blanco, lo que según mi modo de ver, es el mejor medio de gastar pólvora en chimangos.

De cuatro y media á cinco se aguzó el frio y miramos fugitivas regresar á la ciudad á las de Arocena, Marquez, Belgrano y algunas otras que volvimos á ver más tarde en el teatro.

Lébano daba su último concierto esa noche. Un selecto reparto, habia distribuido los palcos entre lo más distinguido de nuestra sociedad, de modo que la sala presentaba el aspecto de un inmenso cesto de flores. El artista, tal vez embriagado por ellas, ejecutó mejor que nunca los más escogidos trozos de Godefroid y Ketten. El pianista Giucci nos hizo oir con su delicadeza acostumbrada, caprichos de concierto, que fué lástima perdiesen mucho de su intensidad entre las bambolinas del palco escénico. No quéremos cerrar este párrafo sin dedicar un aplauso al baritono Pollero, *dilettante* que puede llamarse artista, tanta es su voz y su gusto para cantar.

No nos detenemos más sobre este concierto; porque ya con anterioridad ha sido reseñado por los diarios de la semana.

El lúnes á las tres de la tarde la bendición de la Iglesia unió para siempre, santificando los lazos del amor, á Joaquina Acevedo con Adolfo Acevedo.

El presbitero don Rafael Yéregui los casó. Fueron los padrinos doña Joaquina V. de Acevedo, madre de la novia y don Manuel Acevedo, padre del novio. Pocos fueron los que tuvieron el gusto de ver á Quina hermosamente emocionada bajo el cándido velo de los desposorios, porque solo fueron invitados los intimos de la casa.

Después de concluida la ceremonia religiosa, pasaron los invitados al comedor, lujosamente preparado, donde les aguardaba un opiparo lunch. En la primera mesa, la mesa de las señoras, distinguimos á más de la novel señora de Acevedo, á su señora madre, á la duquesa de Lucignano y señoras de Castellanos, Araujo, Garcia Lagos, Blanco, Varela, Vazquez, Castro, Ferreira y Ramirez; y luego después en la segunda, á Pepa y Celia Acevedo, Juanita Vazquez, Cármen Muñoz, Manuelita Alvarez, Ecilda Castellanos, Marta Costa, Isabel Raymond, Dolores é Isabel Castro y señorita de Araujo. Naturalmente que en esta mesa reinó más alegria que en la primera; se hicieron varios bridis misteriosos entre jóvenes y niñas, y hasta hubo egoistas mudos que brindaron en secreto el uno por el otro. ¡Oh! quién pudiera leer en las cópas de champagne! Cuántas letras invisibles trazadas por los lábios y borradas por la espuma! ¡Cuántos sueños en cada burbuja y cuánta lágrima en cada sueño!

Mientras unos en la sala y otros en el comedor entre músicas y charlas se divertian, á hurtadillas salieron los nóvios de lacasa, con dirección al muelle, donde se embarcaron para Buenos Aires, ciudad en que fijarán su residencis.

Felicidad!

*
* *

En la noche del lúnes se efectuó en casa del señor don Cárlos Shaw un recibo de despedida que estuvo concurridisimo. Al dia siguiente muchas personas de las que estuvieron en el, acompañaron al muelle á los señores Shaw á su embarque para el viejo mundo. Inútil es describir esas tiernas escenas de despedida que todos más ó menos conocemos de memoria y que no pasan sin arrancar alguna lagrima ¡Que las derramadas al despedirse de sus parientes y relaciones las señoras de Shaw, se truequen pronto en sonrisas, al calor del abrazo del regreso!

En nuestra primera página damos hoy el retrato del general D. Juan A. Lavalleja, fundador de nuestra nacionalidad.

Lo damos á nuestros lectores, rememorando el paso del héroe legendario á nuestras playas para defender su independencia querida, á la que miraba con la vista del profeta y los sueños del visionario desde tierra estraña.

Lavalleja encarna en su persona, la austeridad y el amor mas acendrado. Rigido como un sistema, caballeresco como las armas que usaba; intrépido, denodado, general de audacia y estratégia, su vida necesita las formas candentes de la apopeya, para derramar de esas alturas, toda la amarga ironia de su alma, todo el mistico embeleso de su espiritu de acero, cuando contemplaba la insolente intervención de tres naciones extrañas, disputándose la perla de sus ensueños, ó cuando con ojos arrobados, llorosos, fundia el amor de su patriotismo en el amor de su alma.

Lavalleja es la figura mas genuinamente oriental, el tipo de nuestros recuerdos; la efigie más pura que se levanta en el cielo de nuestras glorias nacionales.

¡Qué su recuerdo, el recuerdo de ese visionario querido, el descendiente de la raza charrúa extinta, inspire á nuestros politicos de hoy! Que sepan, los que gobiernan, la tterra de los treinta y tres héroes, que para ellos no hubo otra politica que la del amor, ni otro sacrificio que el bien de la pátria, y hasta sus vivas dieron, por ver grande, libre, próspera, igual á la tierra de sus ensueños! ¡Ah! Ellos no tenian, nó, otros colores como distintivos de guerra, de hermandad, que los de la pátria! ¡19 de Abril de 1825! Una sombra gigante evocan los anales de nuestra historia!

Juan A. Lavalleja, el charrúa visionario, cargado con los trofeos de su gloria, abandona la almohada de muerte del sepulcro y mira . . . . . ah! mira á su patria..... ¡Qué los hombres politicos de nuesttos dias, no tengan que doblar la cabeza ante esas miradas; ha llegado la hora de las reparaciones, la hora de la Pátria!

EL HOMBRE QUE QUIERE DINERO

—

Vertido del francés para "La Ilustración del Plata" por Nicolás de San Martin.

—

demás de esto, un maravilloso dandy de la mas correcta elegancia, sin exagerar en nada la moda. Montaba durante la mañana, en el Bosque, un hermoso alazan tostado; enganchaba un caballo zaino á su pequeño coupé bronce ribeteado de blanco, vivia en una casita de la Avenida de Antin, repleta de porcelanas y acuarelas, jugaba decentemente, cruzaba una vez por semana los bastidores de los teatros, y no tenia relación con ninguna artista.

Se le suponia una mediocridad honrosa, cuarenta mil libras de renta. Era, en fin, lo que se llama un jóven bien forrado.

Al terminar el invierno, el sentimiento respetuoso y discreto que Leon de Saint-Ysery mostró tan humildemente á la duquesa Imelde, pareció encenderse algun tanto con los primeros calores de la primavera. Se aventuró á escribirla. Cartas cortas, cuartetos, y sonetos en prosa. Los leyó, sin que los enmendara,

Puso orquideas en su botonadura. La duquesa vino el dia siguiente á la *Korrigane* con un ramillete de rosas té.

Esto era reconocer que ella habia comprendido y que discutia. Una mujer que discute es casi vencida. Defenderse, no es acaso confesar que se teme mucho la derrota? M. de Saint-Ysery, sin desear mas, no tuvo la fatuidad de llevar mas lejos la experiencia. Recurrió á una habilidad suprema: partió.

Se fué, sin duda, adonde van los amantes dichosos, los enamorados, conmovidos al bosque, lleno de los perfumes de la primavera, donde las primulas estrellan la tierna yerba, donde las pálidas violetas se extienden en grandes espesuras sobre el musgo aterciopelado. Se embriagaba de poesia y se recreaba bastante en contemplar el cielo nocturno, á travez de su soledad. Es por lo menos lo que pensó madama de Castefran qne se ocupaba de él, y estuvo casi aun por inquietarse.

La imprudente contó en tono ligero, riéndose, esta persecusion amorosa á la mejor de sus enemigos intimas, quien tomó la voz aflautada de la serpiente para burlarse de los escrupulos de la Eva de verdes ojos.

—En verdad! exclamó madama de Rochemartel, una jóven coqueta, envidiosa y murmuradora, en verdad, es porque os ama que ese pobre Saint-Ysery, dejó la ciudad antes del Gran Premio. Y bien! se rie?.....Por que nó? Cree Vd. que Castelfranc vá á preocuparse por tan poca cosa? Pero todo el mundo tiene un amante, mi querida! Está en el interés de la vida, y se consumiria de fastidio si se confinase en una santa austeridad, como la virgen del Pilar en su nicho!.....Ah! yo compadezco las penas del corazón del vizconde, y espero confiada que vuestra bella magestad le hará volver de su destierro.

Este discurso elocuente, y otros muchos, en los que campeaban sucesivamente la chanza, la ironia, la persuasion, la benevolencia, la burla y la ternura, no fueron pronunciados sin conmover á la altiva siciliana, que un atractivo indecible fascinaba, y que se dejó deslizar poco á poco en la pendiente que se vuelve á subir tan lentamente.

La marquesa de Rochemartel reveló la confidencia al coro de sus qneridas amigas, una cincuentena de baronesas, que la juraron el secreto, y fueron la alegria de cincuenta salones revelando la aventura. Se apellidaba á Saint-Ysery, el bello Galaor, se esperaba con inpaciencia que volviera de sus excursiones lejanas, y cuando volvió, en efecto, se le halló mas Manfredo que nunca, es decir, irresistible.

Su actitud impasible exasperó á todas las baronesas. El espionage mas atencioso, mas sutil, no pudo descifrar una palabra del enigma. La duquesa resplandecia, mas bella, mas inflexible que una Palas de mármol.

Poco á poco, sin embargo, desistió de este gran rigor. No por que ella aspirara á la derrota ó á la victoria segun que se tome el sentido de las palabras. Tenia ella demasiado orgullo para caer, demasiada razón para amar, demasiada virtud para divertirse con una pasion tan ofensiva.

Despues, lo que pierde á las mujeres, lo mas pronto, no es que ellas amen al amante, sino que aborrecen al marido. Eso supuesto la duquesa no aborrecia á Castelfranc, y lo juzgaba como merecia serlo,

Pero la curiosidad—esa curiosidad rijida, viva, irritante, que no deja al espiritu trégua mi reposo, que nace crece y se extiende como la mancha de aceite; esa curiosidad que hizo de la esposa de Loth una estatua de sal, y poblará con las mismas los distritos de Paris, si Dios nos envia la lluvia de fuego que bastante merecemos,—se enseñoreó un buen dia de madama de Castelfranc y no cesó ya de aguijonearla.

Ciertamente, que ella no amaba mas á Saint-Ysery que al primer vizconde recien llegado, pero en fin, ella no habia oido sinó en el teatro las maravillosas cantilenas del amor, y quizá renovaba las fogosas ternezas, las locuras ardientes, y los furores mismos de los Romeos, de los Roland, de los Lara, poesias encantadoras que son el prosaismo de la vida real, lo que los astros del firmamento al miserable planeta donde vegetan las mas admirables criaturas de Dios.

Estas distracciones engañosas y peligrosas exaltaron á la duquesa Ymelde, que no estaba todavia enamorada del romántico, y que desde entonces, fue casi coutivada. Ella vió en Saint-Ysery por otra parte, un Romeo bastante presentable, de otro modo como no lo habia visto. Ella se lo figuró disfrazado en héroe de Shakespeare ó de Byron, sollozando á sus pies himnos de amor, y embriagándola con melodias interminables,

En resumen, ella pensaba mucho, escuchaba de buena gana á su excelente amiga Rochemartel y su coro de baronesas, y concluyó por persuadirse que no habria gran mal en dejarse adorar. ¿No se guarda rencor á Leonor de Este por haber desesperado al Tasso, y no se alaba á Laura de Noves, madre de doce niños, que consintió que Petrarca le dedicara tantos sonetos?

Ademas de esto, madama de Castelfranc entendia no recibir mas que un homenaje discreto, y no pensaba, de ninguna manera, «llenar el deseo» de su héroe, que ella sabria tener á distancia.

Revolvió, pues. despues de algunas semanas de lucha, de distracciones, de charlas, representar ella misma la comedia acordando una entrevista á Saint Ysery, la que no tendria lugar, como la de Leandro atravesando las olas en traje de baño para juntarse á su Hero.

El duque acababa precisamente de dejar á Paris, y se encontraba de recreo en las carreras de Haymarkett. Una mañana que la duquesa se aburria, cogió un pergamino cuadrado. y escribió deliberadamente al vizconde que estaria sola en su casa, á la tarde, y que lo esperaba.

Remitida la carta, ella no gritó *alea jacta est!* pero estuvo inquieta, desasosegada y nerviosa todo el dia. Sin embargo, no se arrepintió mucho. Al contrario, despidió las personas á hora temprana, y deseó qne no estuvieran en el palacio mas que el portero y algunos criados en las antecámaras.

Saint-Ysery llegó por una escalera secreta, y fué conducido por una camarera de confianza, á una salita tapizada de terciopelo gris-ceniza salpicado con adornos de plata con flores violetas. En los cuatro angulos, habia macizos de mimosas en vastos cubos de esmalte.

La estufa, los marcos de los espejos, las galerias de las puertas, las porcelanas de Sèxe; representaban escenas de amores, entre una confusion de yerbas doncellas.

La duquesa Ymelde, vestida de una nube de encajes de seda y de raso blanco, lo esperaba de pié. La emocion, inseparable de los primeros pasos, coloró de granate su semblante un poco contraido. Ella sonreia, pero con sonrisa forzada, y los hombros temblantes hacian, por sus movimientos agitar las perlas de su collar.

En cuanto á el, muy calmoso, muy frio, poco apresurado, tan correcto como de costumbre; avanzose con paso lento, beso la mano que se le tendria, y se sentó en la silla que se le designó.

Deliciosamente conmovida, la duquesa soñaba las delicias del paraiso.

Saint-Ysery abrevió los preliminares:

Está desierta su casa, madama? Estamos solos? Quiere usted escuchar lo que tendré el honor de decirla?.....de escuchar.....paciente.....y.....seriamente?

Sorprendida, ella inclinó la cabeza y dejó caer sobre él la mirada asustada. El amor de este vizconde iba á vapor. Aguardó.

Saint-Ysery, siempre con mucha calma y muy respetuoso, repitió en tono deliberado:

—Madama, su intendente le ha remitido á usted esta mañana cien mil francos de los arriendos de Mantegly, y usted tiene de más; sacó del banco otros cien mil francos.....

Ella se estremeció asustada, fuera de si, se puso pálida, despues muy colorada.

—Madama, estoy arruinado...desde un año que no vivo sinó de expedientes. No tengo un Luís en mi bolsillo, y quiero concluir con esta existencia de bohemio dorado. Mis acreedores han puesto la mano en mis pobres despojos.,...no me resta mas que el enojoso desenlace de la comedia: un pistoletazo en las sienes. Lo que es demasiado imbecil!

Cogió un revolver de su bolsillo, lo amartilló y lo dirijió contra la duquesa!

—No llame Vd.! No grite!.....sino la mato, antes de suicidarme. Morir, eso es nada! pero usted será deshonrada. Tengo su carta en mi bolsillo.....

—Concluyamos, dijo ella con un acento de indecible desprecio.

Que quiere usted!

—Yo quiero dinero. Quiero cien mil francos. Usted vá á.....prestarmelos. Prestar....entiende? Se los devolvere; no soy ladrón. Podria tomar sus alhajas y sus piedras preciosas...,.Talvez tenga usted por valor de un millon. Yo no quiero mas que cien mil francos...,...

Ella se levantó temblando, pero resuelta.

—Voy á buscarlos, dijo.

—Nó, yo la acompañaré. Ni una palabra, ni un gesto!.... seria usted perdida, y yo al estremo á que he llegado, hago el sacrificio de mi vida y de mi honra.

Tomó ella una antorcha y seguida de Saint-Ysery, que conservaba siempre su revolver, entró en su cuarto.

En esta pieza fantástica, enteramente tapizada de tela de plata, en donde se elevaba, sobre un estrado y bajo un baldaquin de plumas, un lecho de marfil y nacar, abrió ella la gaveta del escritorio florentino de aventurina y lapislazuli y cogió un rollo de billetes que ella arrojó á los piés de Saint-Ysery, con gesto desdeñoso, diciéndole:

—Recoja.

—Nól respondió él, recójalo usted misma y démelo, como se debe entre iguales, madama.... Y ahora, sepa usted callar hasta mañana á esta misma hora. Si profiere una palabra, me levantaré la tapa de los sesos, no sin antes haber remitido á Castelfranc la carta en la que usted me ordena venir á su casa.

Saint-Ysery partió al instante dejando á la duquesa desmayada sobre la alfombra de armiño.

Tuvo ella el coraje de conceder la misericordia del silencio á Saint-Isery, quien la envió ya dos cheques de mil luises, los que repartió entre las escuelas libres.

Pero á la vuelta del duque, le dijo osadamente toda la verdad y Castelfranc, gran señor de otros tiempos, la respondió, besándola la mano:

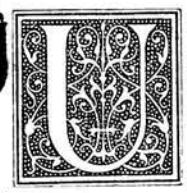
—Esto prueba, mi querida, que lo que hay de mejor, es el de ser simplemente una mujer honrada.

DON ROJAS

—

(Para "La Ilustración del Plata")

—



Una flauta con trage del último figurin es don Rojas, largo como bostezo de pobre, enjuto como fideo milanés.

Pertenece á la buena sociedad de Montevideo y su fuerte son las mugeres, cuando teniendo como tiene los cuarenta y pico debiera huir de ellas como el diablo de la cruz.

Bonita ó fea, alta ó chiquita, blanca ó trigueña, todas son de su agrado y la que cae por su banda no se escapa de un escopeteo que comienza con el consabido «es usted muy simpática» y concluye con un «te adoro» mas dulce que la miel del Himeto.

Lo particular del caso es que don Rojas rara vez logra un *tete á tete* con sus conquistas: por regla general se contenta con creer que su imagen es acariciada por el pensamiento de aquella que tiene embretada dentro de sus entretelas, opinando con Severo Catalina que la mejor declaración es aquella que no se hace, que es como si dijéramos conservar en encurtido una pasión.

Pero eso si, don Rojas gusta de que sus amigos y los que no lo son le tengan por un conquistador más atrevido que Byron, más afortunado que el don Juan de Zorrilla—de ahí que no pierde ocasión de poner en transparencia su neurosis, muy especialmente en público.

Va por la calle y se para en cada esquina paseando nerviosamente la vista en las cuatro direcciones y, si á lo distancia distingue la silueta de un vestido estira el cuello, se atuza el bigote, se compone la solapa del jaquet, busca posición académica al sombrero y muéstrase inquieto como potro que siente el acicate en los hijares—cualesquiera cree al verlo que aquello vá á concluir con una doblada de rodilla, seguida de una declaración á la intemperie.

El bulto avanza y la inquietud de don Rojas aumenta y toma proporciones de perlesia...

—Es ella, dice para sus adentros; ella, la muger de mis sueños de oro..... ella..... oh fatalidad!... y sus ojos se encuentran con los de un angel.... pero caido y negro..... ¡pues si habia sido la sirvienta de cierta familia que habita en la calle de Misiones!

Don Rojas en presencia de tal desencanto reanuda su habitual escursión, pero, no curado de su fatal mania.

A poco andar encuentra á su amigo Hector; lo para, se estrechan las manos y....

—Que tal don Rojas, cómo va aquello?

—Pchs, *and avant*—ya la tengo medio tiernita, todo es cuestión de un buen cuarto de hora.

—Pero ¿no tiene Vd. temor de los rivales?

—Ni en sueños. Ya sabe que en ese terreno, puedo decir, gracias á la suerte, que no conozco imposibles.

En tanto sostienen este diálogo, don Rojas se muestra impaciente, tentando varias veces poco menos que hechar á correr y concluye por hacer esto último dejando caminar una cuadra á la primera dama que en ese intervalo acertó á pasar por su lado y que don Rojas saludó con un piropo de los que hacen la felicidad de los lectores del *Secretario de los amantes*.

El amigo queda desternillándose de risa y don Rojas después de andar jadeante una cuadra, dobla la esquina y se para á descansar, en la plena seguridad de que Hector se ha quedado muerto de envidia y con curiosidad de conocer la aventura.

¿Y qué me dicen Vds. de don Rojas en los salones?

Allí es donde trata de poner de relieve sus irresistibles facultades en el arte de amar y ser amado.

Trata de llegar tarde para provocar bromas y preguntas que el contesta con *clichés* parecidos al siguiente: «el hombre propone y la desterrada del Paraiso dispone» creyendo asi fomentar la intriga de quienes conociéndolo le interpelan, ó como se dice familiarmente, le buscan la boca para reirse á su costa.

A poco rato y después de saludar significativamente á la muger más hermosa de cuantas allí se encuentran, se le acerca con mucho misterio y en voz baja y si es posible al oido, le solicita pasear en su compañia—si ella asiente á su pedido la toma del brazo, le estrecha la mano, camina dos pasos y se detiene para decirle una majaderia (siempre chito, muy chito) vuelve á andar, se para al lado de una cónsola llamándole la atención sobre algun mármol ó bronce, concluyéndo por decirle que está fatigado y pidiéndole un momento de descanso.

Como nuestras mugeres son complacientes y tratándose de don Rojas mucho más, pues las divierte su inocente mania, jamás se oponen á su deseo prestándose á recalar en la butaca que existe en el ángulo del salón, pues esa es la que aquel elige para aparentar que busca el aislamiento de las gentes con el objeto de poder contar sus cuitas: como las aves allá en la copa de los cresposos árboles, el pez en las profundidades del mar, el mosquito á la sombra de la tela que teje la araña en las cornisas de los cielo-rasos.

Seguramente la cosa no pasa de mera intención y cuando el galanteador ha calentado cinco minutos el asiento, se levanta pareciendo pensativo en el primer instante, pero, luego se muestra radiante de alegria, como si despues de meditar hubiera encontrado el problema de su felicidad.

Si le soplan la dama, mi hombre se dirige al grupo de señoras casadas y aunque es víctima de sus agudezas se deja estar entre ellas para después proclamar la predilección y simpatia que estas le dispensan..... y con resultado segun atrevidamente asegura.

También don Rojas tiene aficiones literarias—explota el género erótico en verso y prosa—si lo primero, sembrando de pensamientos los albums de de sus amigas, pensamientos que considerados con arreglo á la botánica, cualesquiera los toma por flores de cardo marchitas, ó sean alcachofas; si lo segundo colaborando en todos los periódicos destinados á cuestiones sociales, ora sea esfumando tipos que resultan *tipas*, ora confeccionando crónicas de baile en las que las iniciales juegan importantisimo rol, sin olvidarse de llamarle hechicera á la señorita Q. Q. y *sedutora* á D. L., revuelto el todo con labios de coral, cabello de ébano, ojos de cielo, megillas *aguindadas*, dientes de perla, frentes de azucenas y cuellos alabastrinos.

En resúmen: don Rojas es un ejemplar digno de mejor estudio, pero como cualquiera puede hacerlo pues á duraa penas se encontraria en Montevideo quien no le conozca, yo después de haberme ocupado de él á grandes rasgos, dejo á los lectores que llenen los vacios que hayan encontrado en esta tentativa de bosquejo, haciendo votos porque don Rojas después de tanto bregar por el reinado del amor no tenga la desgracia de morir sin ser llorado como un perro en un desierto por aquellas que fastidió en vida.

Gonzalo González de la Gonzalera

OJOS NEGROS Y OJOS AZULES

—

DIVAGANDO

—

Si yo tuviera el derecho de elegir entre dos mugeres hermosas,—una de ojos negros y otra de ojos azules—juro á fé de hombre que no sabria con cual de las dos quedarme.

Probablemente, y si no fuera indiscreción, me habria de quedar con las dos, tanta es la admiración que profeso á las mugeres, y sobre todo cuando la muger es regiamente hermosa.

Porque, yo no sé si seré distinto á los demás, si los otros hombres piensan como yo pienso, pero cada vez que me hallo en presencia de una muger de formas esculturales, de carnes blancas y satinadas, me tiembla el corazón como si estuviese en presencia de un peligro cierto, como si temiera que me robaran el reloj en una calle oscura, entre cuatro ó seis desalmados.

Si yo me hubiera decidido á amar alguna vez, no sé á quien habria amado, si á una muger de ojos azules ó si á una mujer de ojos negros. Buena suerte ha sido para mi el no meterme nunca á creido y á crédulo, que si no ya habria caido en el garlito como un chorlo y tendria que soportar una vida tremenda con la que fuera *el dulce encanto del amor primero*, como decia el poeta chileno.

Y voy á decir por qué seria desdichado.

Admiro tanto á las de ojos negros como á las de ojos azules. En Buenos Aires amo con pasión loca á las porteñas, que á causa de la mezcla de las razas van teniendo en su mayor número ojos de color de cielo, de una trasparencia y de una nitidez infinitas; con ese tinte y ese sello melancólico de las almas soñadoras, como la Margarita pálida de Goethe ó como el tipo incomparable de la dulce Ofelia.

Siento estremecimientos que no son de este mundo, sino de un mundo superior lleno de bellezas y encantos;—mis lábios balbucean incoherencias locas, frases llenas de pasión y de fuego juvenil, y me pondria á correr por las calles detrás de la primera muger bella de ojos azules que en ella viera si no fuera porque todavia no he perdido la compostura que se requiere para andar en ellas.

Para mi, la muger de ojos azules es el tipo ideal de las fantasias llenas de dulces quimeras y de encantadores halagos. El cutis blanco, las manos finas y delicadas, los dientes pequeños, las cabelleras ondulantes y rubias, de ese rubio estraño que se aproxima al color ceniza, los ojos de un azul claro, grandes, melancólicos, sombreados por largas pestañas, la cabeza fina y artistica, puesta sobre un cuello de cisne y éste sobre un cuerpo lánguidamente perezoso al par que elegante, con ese conjunto de perfecciones, dudo que haya quien se resista á proclamar á las niñas de ojos azules las reinas de la suprema belleza, esculpidas, cinceladas en el marco de pureza incomparable que las adorna.

Pero en Montevideo me pasa todo lo opuesto. Me olvido de las rubias y admiro á las morenas, por que aqui todas lo son. El cabello negro como el azabache y lustroso como el mármol, el rostro ovalado, la nariz correcta, la tez morena debajo de la que se vén las rosas de una sangre ardiente, y los ojos mas negros que el cabello, coronados por el arco de las mas envidiables cejas y adornados de pestañas arqueadas y sedosas y debajo de este conjunto un cuello y una nuca capaces de volver loco á un santo, y debajo del cuello un cuerpo atrevido, de andar airoso, lleno de magestad y de gracia, todo eso, es capaz de hacerme olvidar, como digo más arriba, á mis adorables compatriotas rubias, y de ahi vendria precisamente mi desgracia, que rindiendo culto ferviente á la estética femenina, me habia de cansar pronto de mi esposa, ya fuera rubia ó morena, por la sencilla razón que no seria rubia y morena á la vez.

El otro dia, paseando por la calle del Yi, pensé, viendo á una niña asomada al balcón de su casa, é imitando á Guido Spano:

¡Maldita calle del Yi!
Porqué la he cruzado yo,
Si cuando en ella te vi
Mi corazón se turbó?
¡Maldita calle del Yi?!

Y esto prueba que no puedo resistir á la tentación de amar los ojos azules y los ojos negros á la vez, pues la niña en cuestión tenía unos ojos negros, negrísimos, como noche de lobos, pero con una luz infinita en el fondo, que quemaba y ardia como las llamaradas de un incendio colosal.

A ustedes se les habrá puesto entre ceja y ceja que yo soy un loco de atar y que todas tienen derecho á reirse de mí por la versatilidad de mis pasiones, pero yo creo pue soy lógico conmigo mismo: —tengo temperamento de artista sin haberme dedicado á ningun arte, amo lo que es bello por la atracción natural que en si tienen las cosas bellas, pero no me animo á definirlas, no quiero comprararlas porque para mi todas son iguales, perfectamente iguales, mientras tengan el sello que distingue á las cosas acabadas y perfectas,

Por eso para que me indiquen el verdadero camino que he de seguir para amar á una sola mujer, ya tenga los ojos azules ya los tenga negros, propongo á los colaboradores del periódico de Fragueiro que abran una justa en prosa y verso en honor de las rubias y de las morenas, que unos tomen la defensa de las primeras y otros la de las segundas, que pinten sus cualidades, su carácter, sus bellezas, sus adornos naturales y sus encantos, y cuando la lucha haya terminado entónces, recién entónces, me decidiré á amar seriamente,

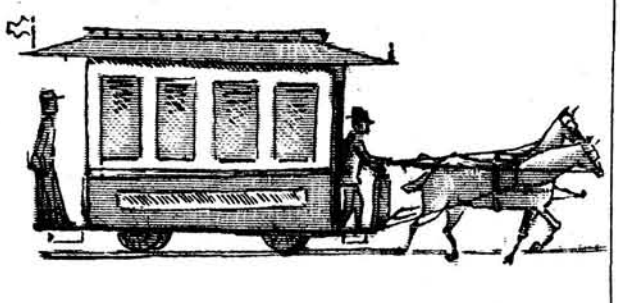
Faltará después que me amen á mi, pero eso se gana con constancia y con buena voluntad.

Por ahora quiero dejar abierto el campo á la lucha que propongo, y no será dificil que si ella se inicia eche yo también mi cuarto á espadas, como buen amigo de las justas leales, nobles y caballerescas.

Como nuevos Bayardos, los colaboradores y amigos de Fragueiro deben desenvainar su espada *por su dama y por su honor*, y no tardarán los verdes lauros de la gloria en coronar sus frentes de triunfadores.

Yo los incitaré desde léjos con el penacho de mi yelmo al viento, para que la pelea no ceje hasta tanto no haya vencidos y vencedores.

P. Della Costa.



EN EL TRAM-WAY

Escuchad la historia que oi referir de labios de un joven; la historia de unos amores desdichados, muertos al concebir la primera esperanza, y tan pálidos, tan pálidos, como las cenizas que amontonaran las ilusiones, y que una sola mirada hubiera podido convertirlas en llama ardiente.

Encontrábame en la Avenida del Paso del Molino. El dia era lluvioso, triste, desgreñado, Yo contemplaba lo que siempre llama mi atención: la mudanza rápida de las cosas, y las escenas diversas que pasan á nuestra vista, sin que nos sea dado detenerlas un momento si quiera. La elegancia, la juventud la hermosura, que habian brillado de un modo fascinador en la vispera, habian desaparecido. No quedaban de ellas mas que esas perlas preciosas que los ensueños engarzan al cuello de las mujeres ilusiones, de las soberanas de la hermosura. Ni los elegantes ginetes montados en alazanes enjaezados, ni los suntuosos coches que arrastran parejas de niñas encantadoras, llevan su vanidad hasta el punto de mojarse, ni su buen tono les permite la extravagancia de pasear cuando el viento azota los rostros, y la ventisca, arremolinada en giros caprichochos, envuelve en su sudario de hielo, los convencionales pliegues de la belleza.

Al revés de los demás, encuentro un placer indecible en contemplar los cuadros diversos de la uaturaleza. El artisra para hacer resaltar las medias tintas, necesita copiar lo que la realidad le ofrece, aspirar el pulmon de la tormenta, sumerjirse, como buzo del espíritu que lleva la luz en la frente, en la borrasca de los elementos desencadenados. De otra manera su arte carecerá de colorido, será pálido, y la forma desmentirá siempre el fondo.

Dije que todas las bellezas habian desaparecido de la Avenida; ni un rastro de esas flores que alegran el corazón del hombre se percibia, en la extensa y escueta llanura. El agua caia en gotas menudas, monótonas, acompasadas, formando una armonía extraña con el ruido de los talleres. Las casas, cerradas, mostraban las grietas de las paredes, que la lluvia agrandaba; la calle convertida en inmenso albañal, arrastraba el legamo fangoso, y sobre este desapacible aspecto de la Avenida, se elevaba, como gigante. el pálido reflejo de la tormenta.

De repente se oyeron sonidos secos, sordos, que se quebraban y morian en las gotas de la lluvia. Era la trompetilla del mayoral, que anunciaba al barrio la partida del tramvia para Montevideo. Me arrellené lo mejor que pude en mi asiento, y como el hombre que vá á sufrir unos momentos de molestia, con el ruido de las ventanillas, el abrir y cerrar de puertas del wagon. me arrebujé en mi sobretodo, indeferente á cuanto pasara á mi alrededor.

Pero apenas hubo recorrido breve espacio, cuando el tramvia se detuvo. Dos personas eran las que motivaban la paralización momentáneu del vehículo, que se deslizaba pesadamente sobre el rail. Se sentaron frenfe de donde me encontraba, y dejaron ver sus semblantes cubiertos por tocas negras. La niña era hermosa, hermosa como las formas de las estátuas griegas esculpidas en uno de esos arrebatos de inspiración, en que se cree robar al cielo, á la tierra, los sentimientos mas tiernamente delicados, para difundirlos en la imágen que crea. La conocia. Saludela, como si saludara á una de esas ideas que revolotean en los ensueños. Una sonrisa, mezclada á un suspiro, fué la contestación á mi saludo. Su mirada de diosa enamoraba habia despertado las fibras hasta entonces, dormidas en mi corazón.

Me estremeci de placer, como si las álas de un poder desconocido hubieran agitado las pasiones sumergiéndolas á la vez en una melancolía profunda, y en el extasis que se apodera locamente, con frenesi de la mirada, de la sonrisa del ser que ha hecho brotar en el alma esa simpatia celeste. No de otro modo se agitan las hojas de los árboles que el viento levanta y las balancea en las ramas. Esa emoción sentiala crecer, agigantarse. y adquirir las formas castas del deseo, convulsionando mis ideas, de una manera hermosamente espiritual. La causa de ese extremecimiento, no me lo pregunteis, silfide peregrina, mil veces mas hermosa que la luz que colora la vida! Estaba en el fondo de tus pupilas, de tus pupilas negras que relampagueaban con luz melancólica, tierna, dulce. semejante à un grito amoroso que hubiera tenido resonancia en el alma.

Cerré los ojos de alegria. Una emoción mas duradera, hubiera revelado el gérmen de pasión que revolvia mi ser. Mi mente flotaba en esos vagos ensueños, que necesitan una idea, para que se abra instintivamente, un porvenir de luz. Crisálida del sentimiento, me recreaba, y toda mi felicidad consistia en aspirar el perfume de las flores, errar por la escueta llanura, fatigar con mi vista el profundo azul de los cielos, empaparme en las misteriosas revelaciones de la soledad, como que veia en ello detalles sublimes de la obra del Hacedor. Solo en el mundo. átomo disperso y sin guia, sin saber que fuerza le impele, á qué aspira, planta extraña que un objeto raro pero insignificante llama su atención! y para quien no hay mundos suficientes á colmar la sed de fuego que devora su corazón, gozo, con fruición indecible en la soledad de mis sentimientos, y me recreo en dar á mis expansiones una forma también original.

Esta forma extraña de mi ser, y la natural impresión que sintiera sacaron de cauce la aridéz monótona de mis sentimientos. Dudaba de abrir los ojos, temeroso de que el espíritu desmayara ante la seducción de la imágen hechicera y revelara la pasión que la inquietaba. Levemente elevaba los párpados, para volverlos á entornar. Pero el amor que se burla de las resistencias, hizo que engolfara la vista en el oceano de luz, de armonias, nunca por mi sentidas, hasta aquel momento,

La juventud es el simbolo de las pasiones que rien y lloran con vehemencia. La mirada furtiva, dulce, melancólica, llena de misterioso placer, caida de unas pupilas negras, hace agolpar la sangre al corazón, el cual extremecido por gratos rumores, hace que la vida se deslice en calma, pero también ¡oh, si! le suele llevar las pasiones furiosas que llegan al grito de la desesperación, y á palpar el delirio del sentimiente. Yo tenia la apariencia del hombre que se entrega á una idea, é interiormente me consumia la inquietud de la nueva dicha que adquiria formas descconocidas, meciéndome en un mar proceloso, y percibiendo los escollos en los que iba á estrellarme, pero dejándome ver el resplandor de un astro amigo que declinaba en mi camino, para resguardar con su manto de luz, de los peligros imprevistos de la pasión que crece y estalla en las tormentosas noches del espíritu.

Habia perdido la calma. El rubor que coloraba las mejillas revelaba el sentimiento apasionado vehemente, que habian hecho nacer los reflejos de los ojos negros. Con la vista fija, grave, consumida de amor, contemplaba la misteriosa luz que difundian sus pupilas de azabache. Ella comprendió la sensación que habiame producido su hermosura, y para resaltar su belleza virginal, hiriendo y atormentando mis sentidos, velaba la lánguida mirada con las pestañas que festoneaban sus arqueadas cejas, y en voluptuosos abandonos, entreabria sus ojos, sus ojos negros creados por el amor, con una expresión melancólica, cariñosa, pero rápida, agitada, nerviosa.

Yo no se pintar, si bien sé sentir hondamente. Las emociones que enjendran las formas plásticas del arte pasanrápidamente. Lo que no pasa, lo que persiste como algo que se incorpora á la vida, son los afectos, los sentimientos, las simpatias, que dejan en el alma surcos profundos. De ahí la dificultad de diseñar las formas escultóricas de la belleza, envuelta en su admósfera ideal, hermosamente seductora. La vista retiene la impresión, pero no la siente, Ella se oculta en los pliegues del alma para recrearse en los ensueños, en las ideas, ilusiones de la vida, Ella es también la que balbucea las primeras palabras de la alegria, y la que estalla cuando la sierpe del dolor se enrosca al cuello del hombre en raudales salvajes de lágrimas. como el sonido estridente, rispido, gutural del moribundo, ó como el emido de una armonia que se desgarra en la vibración del dolor supremo. del dolor humano, con sus notas partidas, sollozantes quejumbrosas. Esas impresiones viven á cada hora, en todos los instantes las sentimos, pero palidecen al querer vaciarlas en la pobre estructura de nuestro lenguaje. Símbolo imperfecto, menester es pues dejar vagar el sentimiento, para que la aurora del amor señale la plenitud de la vida, al trasparentar los arrobamientos del alma de la mujer que adora.

¿Qué ser misterioso se anida en el fondo de las pupilas, de las pupilas negras, que la mirada devora con la agitacion febril del deseo? ¿Qué hay en esos rayos de luz que encienden el alma y la conducen á

la locura ó al crimen, ó la exaltan á la virtud, á la santificación, por el amor? Es la particula misteriosa, bella, arrancada al esplendor de los astros, para que visibles en las formas de unas pupilas, tuviera el hombre el tipo de la belleza seductora de las magnificencias de la creación? Quien sabe, si en ellas como en lo profundo de las ondas, no existen génios que con sus dulces sones despierten en nosotros ilusiones locas, risueñas quimeras, para despertarnos en la realidad engañosa, abrumadora!

Roto el dique, las aguas se desbordan, y es imposible que retornen. Una fuerza las impele, ruedan imponentes como el destino, se estrellan con furia en las rompientes y saltan y se elevan en miriadas de burbujas luminosas, ¡Que no pueda retroceder y evitar la rompiente de tus ojos negros, hada hermosa, que hacen estallar de voluptuosidad las ondas de los recuerdos, en burbujus trémulas, fosforecentes, llenas de amor.

Hermosa como la estrella de la tarde, que resplandece y se agita en la superficie del lago, ella se basta á si misma, y rie contemplando las miradas, los suspiros, los tiernos deseos, prendidos en la redecilla de luz de sus pupilas; niega al lábio la sonrisa que aletea en sus bordes, graciosamente plegados en forma de violeta, sus hoyuelos, contraidos por la pasión egoista dejan entreveer los delicados contornos de sus venas, inchadas en suaves ondulaciones, por la pasión del amor; todos esos encantos revelan la ternura de su alma, la profunda ternura del corazón, encerrado en las formas bellas de la muger.

Perla escondida en los oceanos de la hermosura, cuyo color suavizado por un pálido ligero dan nu realce singular á sus ojos negros; perfume misterioso, que embriaga y deleita los dias del hombre, expuesto en la flor de sus dias, al sentimiento del dolor; sentimiento de la vida, casta imágen de recuerdos que llevamos en el alma, yo la miraba, la miraba extático, con la veneración que veo descender las sombras á la tierra, la inspiración al espiritu,

¿Qué habia pasado entre ella y yo? La fascinación se apodera del alma, la sacude suavemente y la entrega á los sueños! ¡Lejos de mi todo sopor! Nos vimos, y las miradas ardientes, apasionadas de dos seres que simpatizan llevaron la llama del amor al helado edificio del sentimiento, como los rayos de luz, que penetran en las islas de nenufares para confundirse en una la vida del sol y de la planta .

. . . . . .

Al dia siguiente la encontré. El sol arrobolaba con sus postreros reflejos las últimas claridades del dia. . . . . Tenia las pupilas bañadas en los formas cristalinas del rocio. Una mirada lánguida, soporosa velaba el resplandor de sus pupilas negras. La miré y me miró. Yo con la tierna súplica del corazón que siente acrecer el amor de la vispera: ella con la indiferencia de una pasión egoista, reconcentrada. Aquella mujer llevaba impreso en sus facciones las huellas cárdenas de la pasión que se rie de los sentimientos. ¡Era el perjurio! Aparté la vista de esa mujer. Ella sin embargo inspiróme mas que compasión. Produjo en mi un extremecimiento fantástico, lleno de luz, semejante á la de esas miriadas de reflejos vaporosos que titilan en nuestro ser, y danzan en giros fascinadores, y huyen y desaparecen, apenas rizan nuestros deseos, dejando sumer jido el espiritu en las sombras.

Calló el jóven. Dos gruesas lágrimas surcaron sus megillas pálidas, tan pálidas como su dolor, como su amor. Las sombras habian descendido á su espiritu.

Quién es capaz de sacar un reflejo de vida de esas sombras? La mujer! Pero ella se le aparecia, con la altanera actitud del desprecio, burlándose de su amor inocente, insensato, loco.

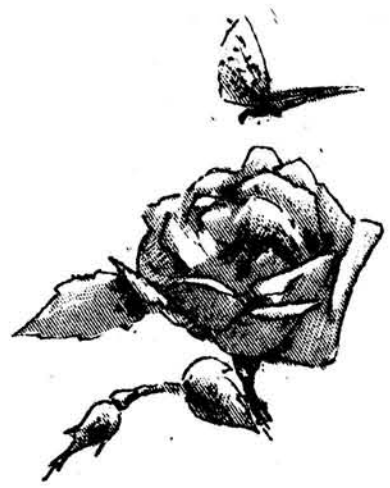
Nicolás de San Martin.

¿POR QUE ME QUIERES MAL?

—

¿Por qué me quieres mal? Nada te he hecho,
Que pudiera ofenderte!
¿Acaso por que busco tus sonrisas
Ese ódio me tienes?

Nunca se enfada la silente luna,
Con el giron de nube, que la envuelve,
Para lograr siquiera una caricia
Más con su luz, lo besa complaciente!.....



¿Por qué me quieres mal? ¿Por qué á tu oido,
A tu oido de rosa trasparente,
Una tarde mi amor le confesara?
Dime, ¿el motivo es ese?

Las flores de la orilla no se enojan,
Con el arroyo humilde, que se atreve
A contarles su amor.....yo las he visto
Volverse á él, para decirle—¡siempre!.....

¿Por qué me quieres mal? Por qué suspiro
A veces á tu lado y por qué á veces
Mi aliento agita tus castañas crenchas
Y en ellas juega enamorado, alegre?

Yo sé, que en el crepúsculo, si el céfiro
Vá á suspirar al borde de la fuente,
Ella contenta sus amores canta
Y suspira tambien y se extremece!.....

¿Porqué me quieres mal? ¿Porqué tus ojos
Me encantan cuando extraños fosforecen,
Y con los mios indagar intento,
La causa de esa luz que me enloquece?

Me han dicho los poetas, que si miran
Una estrella luciente,
Ella no apaga su fulgor y grata
Sus alas de oro á saludarles mueve!....

¿Porqué me quieres mal? ¿Porqué en las noches
En mi sueño te ciernes,
Y mientras duerme el cuerpo, se entreabre
Mi párpado rendido y lloro al verte?

Jamás se iarita el sol, cuando la tierra
Mientra en el seno de la sombra duerme,
Llora de amor soñando sus caricias,
Y si, su llanto en la mañana bebe!.....

¿Porqué me quieres mal? Nada te he hecho,
Que pudiera ofenderte!.....
Por más que busco en mi memoria no hallo,
¡Algo que me averguence!.....

Eres cruel!.... yo sé que mi delito.
El delito que ven tus ojos verdes,
Es el de que otros mereciera premio!.....
Mi delito es ¡quererte!

LINDAS RAZONES

—

Al salir de su casa aquella noche,
Me pregunté con miedo:
¿Porqué yo quiero á esa muger de mármol,
Porqué yo quiero á esa muger de hielo?

Mi corazón confuso, nada dijo;
Pero latió en el pecho mas violento.
¡Ay de aquel, que al quejarse de sus penas
Siente que el corazón guarda silencio!

Ella, no entiende el intimo lenguaje
Que habla el sentimiento;
Ni sabe que es capaz una mirada
De concentrar un mundo en un destello;...

Nunca la ví reir, ni triste nunca
Tampoco la miré.—Sus ojos negros
Lágrimas no conocen y sus lábios
Nunca soñaron el calor de un beso.

¿Porqué yo quiero á esa muger de mármol?
Fuera de mi, me pregunté de nuevo;
Y el corazón me respondió insolente,
¡Yo quiero á esa muger, ¡porque la quiero!

TODO ESTA IGUAL!

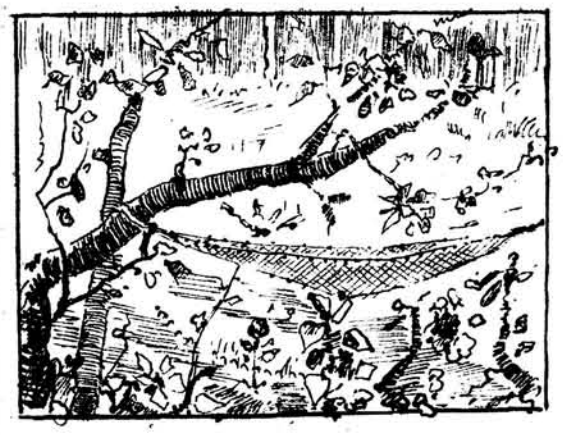
—

He vuelto á ver el sitio donde un dia
Nos juramos amor; el bosque, el prado
Y hasta las frescas flores de la umbria
Idéntico su aspecto han conservado.

Todo está igual!—y el timido arroyuelo,
En cuyas ondas rápidas veias
Correr las nubes y el azul del cielo,
Charla hoy aún, como en aquellos dias!

Todo está igual!—entre las mismas hojas
Están los nidos do las mismas aves
Gorjean sus canciones y congojas
En coro alegre, con cadencias suaves.

Todo está igual!—y entre el ramage seco
Aún tu linda hamaca está tendida;
Mas su regazo solitario y hueco,
¡No te cobija ya medio dormida!



Ni yo entre tanto per la quinta vago,
Buscando para tí tanta cereza!
¡Récio trabajo qué miraba pago,
Si adornabas con ellas tu cabeza!

Todo está igual!—y en las floridas ramas
Murmuran frases las antiguas brisas;
Hay huellas de tus piés entre las gramas,
Y aún en el aire flotan tus sonrisas!

Solo nosotros dos hemos combiado;
Ya no somos los mismos!
Y nuestros corazones del pasado
Hoy no son corazones, ¡son abismos!

El tuyo es el vacio sin ambiente
Que no tiene bendito ni un latido,
Es la gruta sombria eternamente
Donde vive muriéndose el olvido!

En cambio el mio, abismo también hondo
Despeñadero de mis dichas locas,
Conserva tus recuerdos en el fondo,
Y trozos de mi vida entre sus rocas!

Solo nosotros dos hemos cambiado
Solo nosotros dos ¿oyes mi vida?
Yo de feliz troquéme en desdichado!
Tú de inocente y buena ¡en fementida!

R. Fragueiro.

UNA GRAN CASA

—

NOVELA ORIGINAL DE RAFAEL FRAGUEIRO

Con ilustraciones de Alfredo de Brayer

III

Era un ancho pasillo con frente de cristales sobre el patio, y grandes *stores* sobre ellos, las que servian para mediar la luz durante el dia á las delicadas plantas, que vejetaban al abrigo de la galería.—Una ancha repisa que contorneaba los cuatro lados del cuadrilátero, sustentaba un ejército de tiestos, verdes los unos y azules los otros, amarillentos estos y dorados los de mas allá, pintoresco mosáico en el que arraigaban lozanas las begonias con sus florecillas á guisa de enjambre de mariposas, los coleus, y los gladiolus, con sus largas varillas florecientes; cuatro helechos arborescentes ocupaban los ángulos, cuatro helechos con los troncos cubiertos por una sementera de verdes musgos—lo que les daba un aspecto mas risueño que el que tienen de ordinario sus tallos húmedos, velludos y parduzcos—y con los amplios ramajes de encaje abiertos y lánguidos que como plumazon de yelmos de guerreros antiguos endulaban en el aire. Los rododendros estendian al lado de ellos sus hojas satinadas y los cactus amontonábanse á sus piés como bombas encendidas y lucian á guisa de mechas sus flores ya rojas, ya amarillas. El centro estaba ocupado por una especie de monticulo cubierlo de césped y caracoles, y sembrado de primaveras,—esas flores ideales pequeñas y estrelladas,—azaleas de varios colores, calciolarias, tulipanes, apocigeneas cinerarias y frangipanis en flor con perfumes de durazno y tintes sonrosados. En medio de él habia un pequeño estanque protegido por las hojas de un plátano y alegrado por un surtidor; en sus ondas nadaba una multitud de pececitos rojos entre nenúfares y lenticulas, mientras los caracoles se adherian á las toscas que lo circundaban.

Variadas orquideas, ya en cestos, ya adheridas á un tronco y colgadas del techo—brotaban en el aire sus caprichosos pétalos estraños, y en la araña que alumbraba la galeria se enredaban las hiedras y lianas con abrazos amigos intincadas vueltas. Un termo-sifón caldeaba la atmósfera y un juego campestre de paja amarillenta amueblaba aquel agradable sitio en cuyo ambiente flotaban neblinas de humo anicotinado y asfixiante.

Entre los fumadores vió Lebonsens á Puigalar, el periodista, padre de Ofelia é intimo amigo de la casa. Despatarrado en un sillón chimeneaba á cada instante uno de sus cigarros bahia con los que envenenaba á sus amigos cuando tenian la desgracia de aceptárselos y fumarlos.

Parecióle al doctor, que mordia nerviosamente el tabaco, y que su cara denotaba disgusto mas que la alegria que era de aguardar en esa noche y como eran amigos viejos se acercó para preguntarle la causa de su inquietud.

—No tengo nada,contestó friamente.

—Algún amor contrariado, dijo Azcueta, porque ha de saber Vd. doctor, que este vejestorio no madura el sexo.

—*Altro che amore*! murmuró entre dientes Puigalar, sin que los otros le oyeran.

—Vamos, dejémosle está de mal humor, esclamó Lebonsens que habia sorprendido el gesto de los lábios.

—Que? mal humor! ¡no tal! esforzándose por reir, replicó Puigaalar.

Pero los otros ya se habian alejado hácia el opuesto lado del monticulo, donde charlaban de sus impresiones de baile, cuatro ó cinco mozalvetes: Tallares vanagloriabase de haber apretado el talle á la de Parza, que tenia fama de ser algo libre; Cuéllar hablaba incendios de la de Norat por que le negó una pieza: la pobre tenia razón: mujer ya de veinte y cinco años, ¡le daba vergüenza bailar con un párvulo!—y Nieblas mostraba y olia, un ramo de flores ajadas con placer finjido y relatando una historia falsa.

Puigalar al decir, que no tenia mal humor, habia mentido.

Eduardo Puigalar, redactor de *El Ataque* diario independiente, de poca circulación, y que los tenderos no compraban al peso,por lo malo del papel, hallábase de un humor negro.

Puigalar estaba acribillado por los acreedores. Cuando empezó á salir su diario, la suscrición era casi nula: apenas uno que otro amigo por temor ó compromiso pagaba la cuota mensual; pero él giraba sobre el porvenir y se enredaba en trampas para obtener imprenta propia y poder pagar los operarios. El tiempo fué pasando y como el objeto de Puigalar al fundar el periódico,no fué el simple y patriótico. de atacar el abuso de los gobiernos, sino el de embestirlos con una oposición desenfrenada para que temiéndole le tapasen la boca con alguna diputación; y como esto no sucedió nunca—por suerte para el pais—no tuvo otra alternativa que continuar con su diario ó declararse por corrido fundiéndolo. Qué hacer? Estaba harto de escribir,su magin no daba mucho y no encontraba un redactor que se doblase á sus caprichos! Indudablemente *El Ataque* tenia que cesar de aparecer y eso ¡era bochornoso!

Pero una mañana, se presentó en la redacción del diario condenado á muerte, un jóven, alto, trigueño, de ojos claros y mirada franca, que vestia de negro, con elegancia y sin presunción. No se le hubiera dado mas de veinte y cuatro años. Con voz segura y ademán resuelto hablóle al periodista de este modo:

Caballero, nunca he pensado en trabajar:el hombre que creia mi padre era bastante rico para dejarme una herencia suficiente para el sosten de la vida, asi es que pasé la mia en el estudio sin dedicarme á carrera ninguna; las bellas letras me atrajeron con su imán y tanto me dediqué á ellas que puedo decir sin mentir que hoy tengo un estilo propio. Todo esto no fué para mí, mas que un mero pasatiempo; pero ha llegado el momento en que tengo que servirme de ello para ganarme la vida. El hombre que yo tuve por mi padre ha muerto; en su testamento al legarme lo que puede por la ley—bastante poco para olvidarse del trabajo—declara que yo no soy su hijo.—Pertenezco al número uno de esos desgraciados frutos de la seducción, que la Caridad amamanta y alienta; estoy solo en el mundo, sin mas relaciones que el heredero del hombre que me protegió y á quien siempre he mirado como un medio hermano, pero que de hoy en adelante no podré considerar sino como un conocido, porque nunca ha simpatizado tanto conmigo como para que yo le llame amigo. Esta es mi situación. Yo sé que Vd. necesita un redactor para su diario, me ofrezco y, le pido que me ponga á prueba unos dias para cerciorarse de mis aptitudes.

Puigalar, viéndose necesario se repantigó en la silla, hechó una bocanada de humo, que ahogó al pobre jóven y con un cierto tono de protección le interrogó:

—¿Su nombre de Vd.?

—Ah! me olvidaba! me llamo Andrés Nodal.

—¡Por cierto que no es nombre conocido! Pero no importa, si Vd. me sirve le tomaré. Traigame mañana un articulo.

El jóven que habia enrojecido á las primeras palabras, tuvo una sonrisa de esperanza al escuchar las últimas é preguntó:

—Sobre qué asunto, quiere Vd. que escriba?

—Sobre.....y Puigalar buscó—ó hizo como que buscaba en su imajinación—un tema;sobre....¡hombre! ahi tiene Vd. sobre los gobiernos tiránicos ¡fuertecito eh! que duela! que duela! y remachó con un golpe de tos las últimas frases.

—Está bien. Le agradezco á Vd.....

—Oh no hay de qué!....si me sirve tiene su fortuna asegurada, y le dió una palmadita en el hombro. Nodal se despidió y lleno de ilusiones corrió á su cuarto y empezó á escribir.

Al otro dia el «Ataque» publicaba un articulo, sensato y duro á la vez; era un estudio sério: una psicofisiologia politica de las naciones,en el que se demostraba claramente que la única causa germinadora del despotismo es la corrupcion moral y el autor prometia en los siguientes números esponer ampliamente los remedios para lo que él llamaba *entomógenosis* de los pueblos.

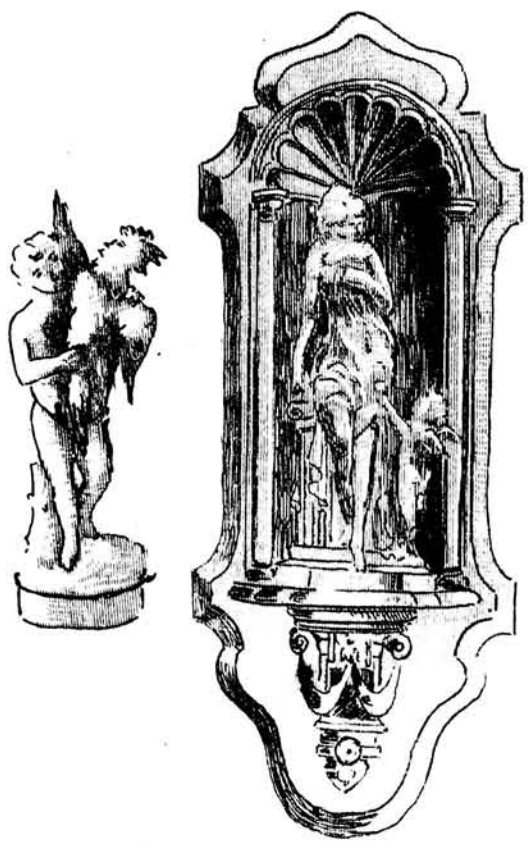
El articulo hizo su efecto, una reaccion se operó en la cuestion suscritores, y Puigalar que habia aceptado á Nodal solo como un descanso que tomaba por unos cuantos dias, para despedirle después con un: usted no me conviene; se apresuro á cerrar trato y asegurarle como redactor. Sin embargo su nombre no debia figurar al frente del diario.—«El Ataque» tendria redaccion anónima; Nodal consintió; la fama le importaba entónces menos que la necesidad.

Por este medio Puigalar pensaba apropiarse las producciones del jóven redactor y llegar con ellas á la diputacion soñada.

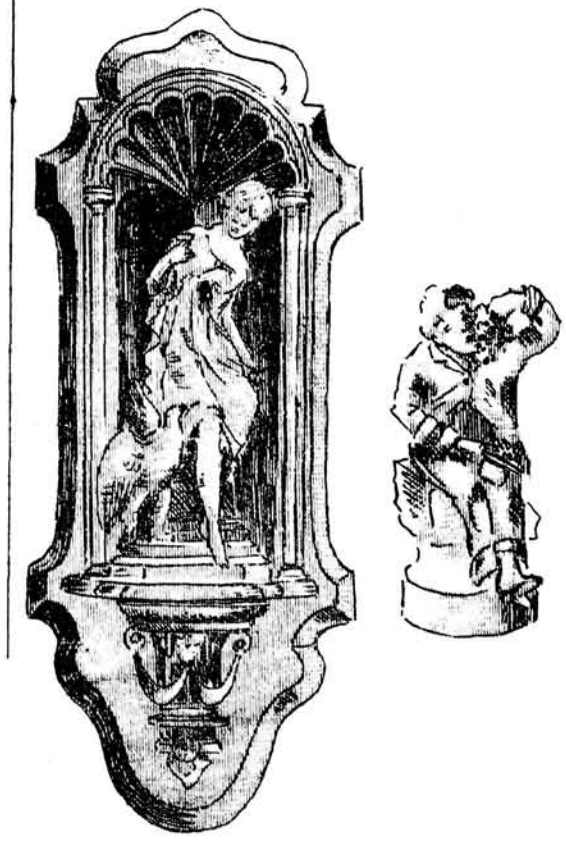
(Continuará.)

AVISO

Se ruega á los señores Agentes se sirvan entregar cuenta de las suscriciones de EL ALBUM PLATENSE en la Administración Calle Cérrito número 231.



NOVEDADES

Recomendamos á nuestros lectores como objetos de gusto los marmoles que tiene en su sala Piria y cuyo boceto damos en esta seccion.—Son dos chicuelos, uno de ellos abraza un gallo que forceja por escaparse de sus manos, y el otro saborea un racimo de uvas reservando otro aun de repuesto en su sombrero.—La naturali dad de las espresiones y lo delicado de la ejecucion hacen á tales trabajos acreedores de aplauso.

En lo de Penino y Druillet en estantes de peluche hay dos copias en bronce de las estátuas de la gran ópera de Paris (Hebe y Psche) debidas á Mathwin Moreau, célebre escultor, miembro del jury de Bellas Artes y declarado *hors concours*.